ALBORES de ESPIRITU

LAS TAPIAS DEL HUERTO (Foto A. Merlo Delgado.)

TOMELLOSO, diciembre de 1947

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores : #14, 12/1947.

Sumario

EL LAZO DE DOS DESTINOS, por EMILIO RUIZ PARRA, pág. 3.— CURIOSIDADES DE LA NATURALEZA, EL SUEÑO DE LAS PLANTAS Y EL RELOJ DE FLORA, por GREGORIO PLANCHUELO PORTALES, pág. 5.— CUATRO PINTORES MANCHEGOS Y UN ESCULTOR EN LA VIII EXPOSICION DE VALDEPEÑAS, por ANGEL CRESPO Y PEREZ DE MADRID, pág. 8.— CANTICO DEL TRANCE DE MIGUEL SOBRE SU TIERRA SINAITICA, por JUAN ALCAIDE SANCHEZ, págs. 12 y 13.—JUSTINONA, JUSTINA, JUSTININA... NADA, *cuento*, por F. GARCIA PAVON, pág. 14.— «Y UN NIÑO VINO A REDIMIR AL HOMBRE, por FELIX M. MARTINEZ FRONCE, pág. 19.—PARA TI, MUJER, *en torno a la camilla*, por MARIA ISABEL PEDRERO, pág. 20.— PAGINA DE LOS POETAS NOVELES: SONETO DE UN DOLOR, por SAGRARIO TORRES, pág. 21.—AL SANTO CRISTO DE MONTIEL, por SANTIAGO TORRES, pág. 21.—RECUERDOS DE GRANADA, por ANTONIO AMORES, página 21.— LA GRACIOSA ALEGRIA PASTORIL DEL CLASICO VILLANCICO, por FR. BERNARDO MARTINEZ GRANDE, pág. 22.

Año II

Diciembre 1947

Núm. 14

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Albores
DE ESPIRITU
Revista mensual de exaltación manchega
Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —
AÑO II TOMELLOSO, diciembre de 1947 NUM. 14

El lazo de dos destinos

Por Emilio Ruiz Parra.

LA fama y gloria del Príncipe de nuestras letras ha dejado oscurecidas en cierto modo —como sol que brilla en el cielo esplendoroso de nuestra literatura— a importantes figuras de las letras hispánicas cuyos centenarios no debemos pasar por alto en este año de 1947.

Y, como estrella de primera magnitud, hemos de recordar al autor del «Guzmán de Alfarache», el sevillano Mateo Alemán, no sólo por su gran obra, clavada como blanco mojón dentro de un campo tan españolísimo como la picaresca, sino por ese paralelismo porque marcha su vida y su obra con la vida y obra del Príncipe de los Ingenios en los rieles amargos del dolor y la desgracia.

Mateo Alemán, hijo de un médico sevillano —como Cervantes lo fuese de un médico de Alcalá— es contemporáneo casi exacto del autor del «Quijote»: nacen ambos en el año del Señor de 1547, muriendo Alemán en 1614, dos años antes que el Príncipe de la literatura hispánica. Su vida es aventurera y complicada como la de Cervantes —no se olvide que éste tuvo que huir de un lance—, y ambos coinciden en una meta común: Italia.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Allí, Cervantes se alista como soldado luchando, como es sabido, contra el turco en Lepanto. Alemán, que conoce también a fondo la vida de Italia, la utiliza en su novela *alistando también a su personaje en los Tercios españoles,* famosos en aquella época y en aquella península.

Vuelven al fin a España —Cervantes después de su cautiverio— y *empieza para ambos la etapa de desilusión y dolor* que une sus vidas íntimamente en la paralela indestructible del Destino.

Las andanzas por Sevilla de Mateo Alemán, el fracaso de su matrimonio, su prisión, son los eslabones duros de esta época de su vida, que le enlazan con Cervantes en esa vida azarosa de trajinante por Andalucía —la misma región de las *andanzas del autor del Guzmán*—, con el fracaso de su matrimonio con doña Catalina de Palacios, con el dolor de pleitos injustos y, también, de encarcelamientos. La pobreza y la desgracia unen las almas más fuertemente. Y, en eso, Cervantes y Alemán fueron —fatalmente— seguidores de sus destinos unidos sólidamente en el puente azul del infinito.

Van pasando sus vidas; ambos tienen *un sueño dorado: América.* Pero, tristemente, no han de verlo ambos cumplido. *Alemán logra marchar a Méjico,* donde muere. *Cervantes ha de seguir en cambio en España,* viviendo miserablemente, para seguir aún la cadena acerba de su dolor, sufriendo afrentas a su honra por culpa de su hija Isabel, yendo, de nuevo, a la cárcel, y muriendo después en Madrid.

* * *

En 1599, y con el título de «Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache», apareció en Madrid la primera parte de la novela de Alemán, publicándose la segunda en Lisboa, en 1605, bajo el título de «Atalaya de la vida humana». Entre ambas partes —tal fué el éxito de Guzmán— *hubo una falsa continuación* por un tal Juan Martí, con el seudónimo de Mateo Luján de Sagavedra (1602). *Como ocurrió entre las dos partes del Quijote, en el año* 1614, *con la continuación de Alonso Fernández de Avellaneda.* Ambas —la de Alemán y de Cervantes— grandes obras, clavadas en nuestro Siglo de Oro, y como contrapisas en la balanza de la vida española.

El Quijote es la vida elevada, luchadora y «armónica» del Hidalgo español. El Guzmán es la vida baja, «mintrosa» y perezosa —de odio al trabajo— del pícaro o vagabundo.

El Pícaro es, pues, «la contraposición social del Héroe o caballero». Frente a la virtud, el vicio «roto y asqueroso»; frente al Amor, el Hambre; la Astucia frente al Valor, y, como indica G. Caballero, frente a la ilusión, el desengaño. El desengaño desde el primer momento. Pero ahora...

Ahora, y sin querer, el caballero —más o menos ilusionado— se ha burlado del pícaro —también con más o menos picardía— y le ha jugado una trastada. Se suelta el lazo: Mateo, en este centenario —¿en todos?—, queda engullido por Miguel. He aquí el pecado *cidiano* de Cervantes. ¡Perdonemos!...

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

El sueño de las plantas y el reloj de Flora

Planta de trébol en actitud de sueño.

HACE siglos que el hombre, con su natural espíritu de observación, vió en las plantas actitudes que revelan una situación de reposo o descanso parecida a las que adopta el hombre y los animales superiores.

En realidad no hay tal y no puede compararse a la actitud de inhibición o laxitud de aquellos seres después de las actividades propias de su vida cotidiana corriente. Pero muchas plantas, entre las que se encuentran muchas de cultivo corriente, como el trébol, la alfalfa, judías, etc., así como las acacias y mimosas, y la mala hierba denominada *acederilla,* cuando el sol se pone por occidente y cesa la acción de sus ardientes rayos, pliegan sus hojas o aplican sus foliolas unas sobre otras o las levantan en posición vertical, inclinando sus peciolos o rabillos, o irguiéndolos, en una disposición bien distinta de la que adoptan durante el día. A ellas se refería, hace ya dos siglos, el gran botánico sueco Carlos Linneo, cuando observando esta posición o especial aptitud que adoptan muchos vegetales, le dió el nombre de *sueño de las plantas.*

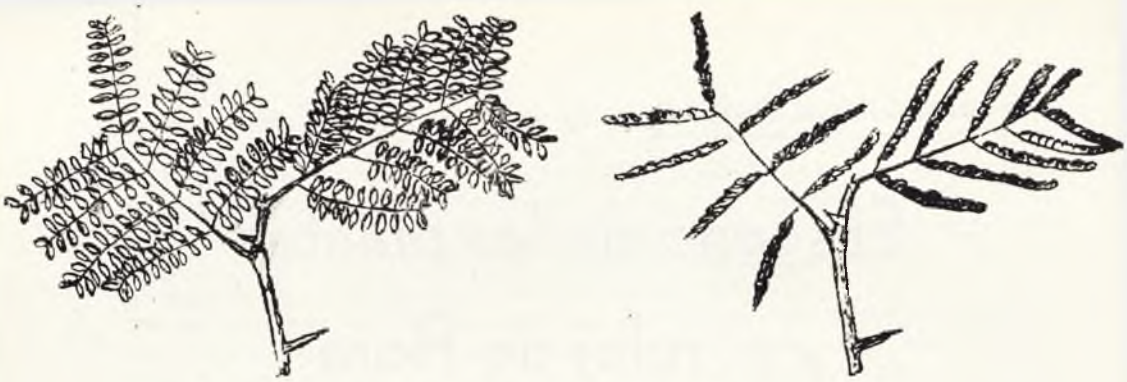
Pero este gran sabio, genio de la botánica, observó asimismo, estudiando sobre las flores, que si bien la mayoría de ellas abren con los primeros rayos de sol sus corolas para cerrarlas anochecido, no siempre a todas las plantas les ocurre de este modo.

En efecto, entre las primeras, tenemos esos bellos *nenúfares,* que abren con el día sus preciosas flores como de cera, de múltiples pétalos blancos o rosados, sobre la superficie tersa de las aguas tranquilas, para cerrarlas con la noche, adornando durante la bella estación los estanques de los parques y jardines.

Asimismo, el *lote sagrado de los egipcios,* muy parecida a la anterior, que

Hojas de judía en posición de vigilia y sueño.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.



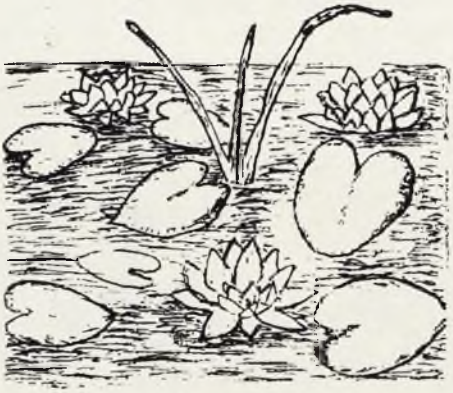
Acacia en posición de vigilia y sueño.

por la noche —como ya había observado Plinio en las aguas tranquilas del Eufrates— esconde sus lindas flores en el seno de las aguas tranquilas del Nilo para surgir al exterior con los primeros rayos de la aurora. Por lo cual aquel antiguo pueblo consagró y dedicó esta planta al astro rey.

En fin, las estrellitas azules que forman la inflorescencia de la *achicoria amarga* o *amargón*, que bordea caminos y crece por nuestras tierras en los parajes incultos, así como la vulgar y romántica *margarita* o *bellorita*, abre sus cabezuelas también con el día para cerrarlas a la puesta del sol.

Pero, como hemos dicho, no sucede lo mismo en todas las flores, ya que éstas precisan horas distintas para su *antesis* o apertura floral, pues que cada una lo realiza a horas fijas y diferentes, por lo que valió al príncipe de los botánicos, Linneo, a crear el *reloj de flora*, que él denominó graciosamente, ya que conociendo la hora exacta que ciertas flores tienen para su antesis, podía saber, como con un reloj, la hora del día o de la noche paseando por su jardín. Pues existen flores que, contrariamente a lo que sucede a las citadas con anterioridad, abren exclusivamente por la noche para cerrarse por el día, como le sucede al *dondiego de noche* o conocidísimos *periquitos*, la *silene de flores inclinadas*, el *estramonio*, la *madreselva* y otras.

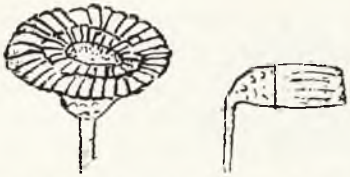
Un caso curioso de vida efímera, con la duración de una sola noche, corresponde a las flores de la llamada pomposamente *reina de la noche*. Es una planta crasa, espinosa, de Jamaica y Méjico, que habita en los desiertos arenosos de estos países, y no pudiendo resistir sus bellas flores, de delicadísimos tejidos sus pétalos, los ardorosos rayos del sol, es por la noche cuando se abren exhalando un perfume embriagador para cerrarse y marchitarse con el alba. A las noches sucesivas, otras flores delicadas y fragantes irán abriendo y embalsamando los extensos arenales de sérticos.



Flores de nenúfar sobre la superficie de un estanque

Otras plantas, como ejemplo de flores que se abren a una hora fija, la tenemos en una hierba muy común en nuestros campos, planta bulbosa de la familia del ajo, cebolla y azucenas, y que conocen los campesinos con el extraño nombre de *leche de gallina*. Esta hierba, que echa sus flores de color blanco con una línea verde por el dorso de sus pétalos, abre a la hora fija de las once de la mañana, por lo que le ha valido también el sobrenombre de *dama de las once horas*. En fin, la *cerraja* tiene su antesis a las

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.



Cabezuela de margarita de día y en posición de sueño.

siete de la mañana, y la *caléndula* o *maravilla* (tan corriente en los jardines) a las nueve, con lo que un buen observador que conozca estas particularidades no necesita reloj en el campo, bastándole con la observación de la apertura de las flores.

Todas estas características peculiares de sensibilidad no pueden parangonarse con la nuestra, de carácter nervioso, ya que nervios no poseen las plantas; pero como seres vivos que son, reaccionan también respondiendo a las excitaciones externas. Parece ser que la luz es la que afecta principalmente a estos movimientos, aunque también lo hace la temperatura, ya que por las noches ésta desciende tan sensiblemente que actuando sobre las plantas responden éstas produciendo los fenómenos de *tropismos* indicados que simulan tener una percepción sensible del tipo parecido a la de los seres animales superiores.

La Naturaleza, muy sabia, puesto que es la obra de nuestro Creador, dispone las cosas de tal manera, con tal precisión y regularidad, tan variadas en cada ser y momento, que el Hombre, en su soberbia y pedantería, se cree el «*sábelo todo*», si bien examinando y observando cuidadosamente la maravillosa obra de Dios va quedando perplejo de tantas cosas por él desconocidas, sin explicación posible muchas de ellas, es decir, sin saber su *porqué*, sacando la consecuencia al final, cuanto más la estudia y la va descorriendo su velo misterioso que *no sabe nada* dentro de los inescrutables designios de Dios.

Silene de flores inclinadas.

Posición de día. *Las mismas por la noche.*

¿Pero no es verdad, lector, que estas observaciones son muy curiosas e interesantes y su conocimiento nos acerca más a vislumbrar la grandeza infinita de nuestro Creador? Si así lo crees y te gustan estas pequeñas divagaciones científicas, en plan de divulgación, no será (D. m.) la última vez que te presente algunas curiosidades que encaminen tus aficiones a la observación de la Naturaleza.

Gregorio Planchuelo Portalés.

Catedrático.

(*Dibujos del autor.*)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

CUATRO PINTORES MANCHEGOS Y UN ESCULTOR EN LA VIII EXPOSICION DE VALDEPEÑAS

Por Angel Crespo y Pérez de Madrid.
(Miembro del Jurado)

HASTA el presente año, no he tenido ocasión de ver la Exposición de Artes Plásticas de Valdepeñas, que de local pasó a provincial y es, sin duda alguna, la mejor que se celebra en toda la provincia. En su día hablé en «Lanza» de todos los artistas premiados y expuse mis opiniones ligera, un poco periodísticamente. Hoy es hora de hablar de los mejores pausadamente, de analizar sus obras y su personalidad. Hablaré por tanto de los cuatro primeros premios de pintura —L. Villaseñor, Sánchez, Iniesta y Velasco— y del primero de escultura: Joaquín García Donaire.

Manuel López Villaseñor es el pintor más completo en todos los sentidos. Tiene un gran dominio del dibujo, una justa idea de la composición y mucha soltura para construir —construir, sí— con la materia, con el óleo. He recalcado lo de la construcción porque hay que tener muy en cuenta que en la escuela tradicional, que es la seguida por Manuel López Villaseñor, la pintura no tiene un fin exclusivamente colorista, antes bien, con ella se construye, se perfila, se crea, a veces, con independencia del dibujo. Esto, como norma; no quiero con ello decir —¡Dios me libre de pedagogizar!— que toda pintura debe ser de tal forma y sí que en la pura línea que Villaseñor se ha impuesto las cosas se hacen así y no de otra manera.

«La muerte de Desdémona», cuadro de López Villaseñor.

En el cuadro premiado—«La muerte de Desdémona»—no veo yo sino un problema de luz y de composición, sobre todo de luz. Los elementos del cuadro, pudiéramos decir, están dispuestos para agudizar lo problemático y, de paso, complementarlo. No sé si me explico, pero quiero decir que todo se supedita a

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

la luz para ayudarla a ser difícil. Así la «Desdémona» es un cuadro de empaque y de composición valiente. Cortinones que no pesan, que no abruman, el lienzo sobre el que yace la mujer de Otelo, el tapete de la mesa y los paños que yacen en el sillón forman un conjunto armónico y atrevido de colores que sirve de marco a la escena. El cuerpo de Desdémona está casi en su totalidad bañado en una luz intensa y magníficamente pintado. No es tan intensa la figura del moro de Venecia, pero, en cambio, tiene muy buenos trazos de pintura, tales como los brazos y el turbante, en el que Villaseñor demuestra una formidable maestría en el difícil manejo del óleo blanco.

Este es López Villaseñor y ésta su obra premiada. Ella demuestra lo que el pintor puede hacer, que es mucho, ya que su juventud ilusionada y consciente es, a juicio mío, el primer arco de un paréntesis de gloria.

En segundo lugar fué premiado el «Retrato del Dr. Luque», del ex matador de toros y manchego por descendencia, Antonio Sánchez. De este viejo aficionado, no digamos que es un maestro, ni mucho menos, pero digamos, sí, que es algo más que un aficionado vulgar. Llamémosle, para ser exactos, maestro de los aficionados. Yo creo que Antonio Sánchez lleva dentro a un gran pintor, pero le falta maestría, estudio disciplinado. Se ha metido demasiado pronto a exponer y a pintar cuadros de envergadura y por ello ha tropezado con dificultades invencibles para un aficionado. Siempre me ha caracterizado la sinceridad, y por ello no tengo inconveniente en decir que Antonio Sánchez es una víctima de los elogios de la crítica, por muy duro que esto pueda parecer. Yo no le conozco personalmente, pero sí de referencias, y me han dicho que es simpático, alegre y buen hombre Por añadidura, fué amigo de Zuloaga, el cual le dibujó y le pintó vestido de torero. Antonio Díaz Cañabate ha escrito la «Historia de una taberna», de la suya, con cierta gracia, y este libro ha sido ilustrado por Eduardo Vicente. Todo ello ha dado lugar a que al exponer en Clan este mismo año la crítica no haya tenido sinceridad. A Sánchez se le debió decir lo que yo digo ahora: lleva dentro a un buen pintor, cuando acierta lo hace plenamente —como en el «Dr. Luque», que tiene una magnífica expresión y un colorido atrevido y resuelto sin estridencias—, pero tiene que insistir más en el

«Retrato del Dr. Luque», cuadro de Antonio Sánchez.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

«La era», cuadro de Antonio Iniesta.

dibujo, en la perspectiva, en el empleo y mezcla de los colores. De esta forma puede que un día se escriba sobre él un libro mucho más interesante que la «Historia de una taberna».

«La era», del joven pintor manzanareño Antonio Iniesta, obtuvo el tercer premio de pintura. Es un cuadro lleno de sol, con una bellísima construcción y un colorido muy bien observado y muy bien llevado al lienzo, pero, ¡ay!, una influencia perniciosa para él —no nos cansaremos de repetirlo—, la de Núñez Losada, se manifiesta en los árboles que hay delante de la casa. Es una lástima que un muchacho de tanta personalidad como Iniesta —lírico, uncioso y diáfano— se deje llevar por nadie, como en el otro paisaje presentado a la misma Exposición. Ya hemos dicho que su camino está en el campo abierto, ante un caballete de campo, y olvidado de cuanto ha visto. En la figura no acierta, es más paisajista que retratista y creo, sinceramente, que debe seguir el rumbo del paisaje. En cierto modo, su pintura sería un complemento de la de López Torres, más fuerte y cruda ésta, más lírica la del manzanareño.

Fué galardonado con el cuarto premio un cuadrito titulado «Almendros», del que es autor el pintor de Moral de Calatrava, Velasco. Y pintor de oficio es, según me dijeron en Valdepeñas, el tal Velasco. Sólo que su gran afición le ha llevado a empuñar la paleta y a dejar sobre ella los muertos gusanillos del óleo, hurgando en los cuales, y colocándolos sobre el lienzo, ha conseguido cuadros verdaderamente notables, sobre todo en el aspecto paisajista.

Es de observar que entre los principiantes, y entre los aficionados, el paisaje —sin que por esto quiera decir que sea más o menos difícil en su más alto grado— es resuelto con más éxito debido, sin duda, a que su dibujo es menos engorroso y más agradecido.

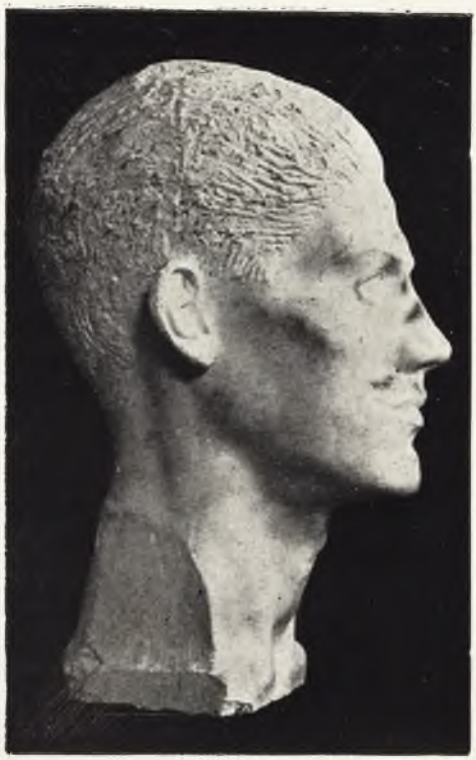
Pues bien, Velasco, que en la figura no pasa de ser un discreto aficionado, en el pai-

«Almendros», cuadro de Velasco.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

saje demuestra una fuerza, un ímpetu tal que llega a emocionar positivamente. Su técnica es primitiva —por eso su mayor defecto es que pinta los fondos con el mismo detalle que los primitivos, y éstos se vienen encima— y puntillista. Su pincelada menuda consigue trozos verdaderamente jugosos, de un colorido magnífico y ambientados hasta con sabiduría, si cabe. También domina la perspectiva y es un ejemplo de este aserto la lejanía del cuadro premiado.

Lástima que este hombre no pueda estudiar seriamente en una Escuela de Bellas Artes. Estoy seguro —y es la única vez que me atrevo a profetizar sin peros ni acasos— de que Velasco llegaría a ser un maestro del paisaje.



Premio de escultura de la VIII Exposición de Valdepeñas, debido al escultor García Donaire.

La Exposición ha sido parca en lo que se refiere a la escultura. Lo más destacado ha sido el conjunto de obras presentadas por el joven ciudadrealeño Joaquín García Donaire. Ha sido premiada una cabeza de Rafael Galiana, en la que predominan las líneas geométricas, severas, y la construcción seria y bien equilibrada. También ha presentado una cabeza de «Viejo manchego», con trozos —como la frente— muy bien estudiados. Sin embargo, desmerece algo porque su misma preocupación por los detalles le ha hecho olvidar el conjunto y porque el color —verdinoso— no le va bien. Un San Juan es la tercera de sus obras, de muy moderna concepción y de línea graciosa.

Donaire puede ser un gran escultor y es lícita la esperanza que todos los manchegos hemos puesto en él, ya que la apoyan estas sus primeras obras que, si bien no son maestras, tienen ese no sé qué de brío y casi de maestría que nos invita a creer en los jóvenes artistas y que es, en suma, reflejo y medida de sus inquietudes.

Esto es lo más notable de la Exposición celebrada en Valdepeñas el pasado mes de septiembre. Gozosamente lo anoto y pido a Dios que en años sucesivos vaya creciendo en esplendor y magnificencia hasta que el genio de nuestros artistas se derrame como una lluvia de belleza sobre las tierras españolas.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Cántico del trance de Miguel sobre su tierra sinaítica

Para García Pavón
Este pobre poema manteado...

Estábais frente a frente.
Dios te habló como un Génesis de viento.
La Divina simiente.
te preñó el pensamiento...
Te recreció la sangre, de contento.

De punta la llanura.
No a nivel cada surco y sí a plomada.
Celeste calentura,
de gótica enramada.
Todo un bosque de tierra, en tu mirada.

Cedros de sed, puntales
para el ansia de luz de aquel minuto.
Las tierras-vegetales,
sobre lo hermoso en bruto.
La Mancha, puesta en pie, por lo absoluto.

Y tú frenaste, herido.
Con tanto cielo ya, que te volcabas,
de amor, sobre tu nido.
Ya tú, por sucias lavas.
Ya en tu pobre volcán de sombras flavas.

Ya en este mundo opaco.
Ya tan vuelto hacia aquí, que te veías
rendido tu sobaco,
tus vértebras vacías,
sin mapas de ambición tus geografías.

Pero era en tu locura
la de encamar la fiebre de la gleba,
la de agachar llanura,
la de tender la esteva,
la de darle a lo humano savia nueva.

No escapar, sino verte
como un santo vulgar sobre el camino.
De aquí. Dolido y fuerte.
Libre de gubia y pino.
Santo de pan al pan y al vino, vino.

Y esa fué tu tarea.
Regresar de tu místico disparo.
Serenar la marea
del mar, bajo tu faro.
Darle un rasero al mundo, justo y claro.

Y el fiel de tu balanza
cauterizó de amores dos platillos.
El corazón..., la pluza...
Los místicos..., los grillos...
Todo encontró cedazo en tus bolsillos.

Y en cada personaje,
como adámico lastre de su globo,
la Mancha bajo el traje.
La Mancha sin corcovo.
¡Ya el paisaje de vueltas de su arrobo!

Con ansia; más sereno,
Llagado de infinito; pero humano.
Todo entre malo y bueno.
Y tú, con buena mano,
desgranando tu espiga, grano a grano.

Las sendas... Las pisadas...
Y aquel cardar las nubes los molinos...
Las tinajas varadas...
Los fuertes remolinos...
El mar sobre unas lanas de merinos...

Paisaje en alma viva.
Paisaje en carne carne y no en pintura.
Ronzal, dornajo, criba,
cobertera y llanura...
Todo uncido al afán de la criatura.

La Mancha es... lo que sea.
Tanto se va y se cansa, que no quiere
ceder de su ralea.
De Aldonza, nos zahiere.
De princesa imposible, se nos muere.

Y es yelmo y es cacharro.
Y es montera y corona de pellejo.
Es Josafat de barro.
¡Es la yesca en espejo
donde Dios ve fruncido su entrecejo!

Sobre esa enorme frente
tu pluma fué pasando, despaciosa.
Carcajada doliente.
Tristeza milagrosa.
Desgrane de tu espiga en verso y prosa.

Fué pasando, pasando...
Y tu sombra cobraba cuerpo entero:
dos cuerpos caminando.
¡Dos cuerpos desangrando
la imponente matriz de tu tintero!

Y así se quedó todo:
tú, siguiendo en avance, noche y día,
por senda sin recodo.
«La del alba sería...»
La Mancha, toda en tí, de codo a codo.
Dios y tú, frente a frente... ¡todavía!

Juan ALCAIDE SANCHEZ.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

JUSTINONA

Justina, Justinina... nada

Cuento por

F. García Pavón

I

OCURRIO esto que voy contarte, ¡ay!, nunca lo olvidaré yo, en el Colegio de las Hermanas Apostólicas de aquella ciudad, de aquella bonita ciudad, ¡ay!, nunca lo olvidaré yo.

Justina era alumna de sexto curso en el Colegio de las Apostólicas, lector. ¡Cuántas veces la vi en fila colegial, Monte Naranco arriba...! Por la empinada carretera: delante los rojos costados, los verdes desniveles; detrás y abajo, la ciudad sumergida en el sueño delgado de su niebla... Carretera arriba, en columna de dos, esquilaban las niñas tocadas con capas verdes y boinas, vigiladas por dos o tres hermanas, erectas bajo los impolutos tejadillos de sus tocas.

Justina, como mayor que era, iba de las postreras; como gorda que era, arrastraba su gravosa humanidad, sudorosa; con la boina muy arrimada al cogote; empleando todo su poder en cada paso. Los mofletes, de puro sudorosos, a punto de sublimación; los ojos, caídos, de serrano cansado; y ¡ay!, aquellos, sus labios grandes y carnosos, descurridos, secos, sollozantes.

Hasta que tomaba la merienda y comenzaba el descenso, no apuntaba el goce campestre en el ánimo de Justina. ¡Dichoso Monte Naranco! ¡Todas las colegiales excursiones habían de ser a él! Así lo decía ella cada jueves, día del asueto y rebañil paseo.

—Hermana, vayamos por más llana carretera.

—No, Justinona, no; te conviene quitarle lastre a tu cuerpo.

* * *

Entre sus compañeras, Justinona era la clásica gorda que suele aflorar en toda colectividad. Su amplia fábrica, su posado verbo y, ¡ay!, su ingenuo razonar, eran semilla del más bondadoso gozo entre las colegialas.

Ella, la pobre Justinona, bastante tenía con su cuerpo. Demasiada carne era la suya para una sola mujer. Lo más de sus días había de consagrarlo a tan pingüe regalo de la Naturaleza. Su trabajo, su paso, sus razones y hablar, todo era tardo y a contratiempo. La mecánica del reloj, así como la de los astros, no andaban acordes con su pausada naturaleza.

«Nosotras, las obesas —pensaba la nena—, debíamos gozar una más lenta división del tiempo; no debían ser lo mismo las horas para las nerviosas como Pepita, que para las pingües como yo...» Hasta el momento del retiro no se sentía Justinona acorde con el tiempo. A esa hora, incorporada sobre la cama, con leche y galletas sobre la mesilla y con ocho horas por delante para dormir, Justinona era feliz. Entonces, picoteando en los dulces, suelto el cabello, bien cómoda y sin inmperativos andariegos y laborales, comenzaba su cháchara, su parloteo ingenuo y bobalicón que tanto divertía a las compañeras... Y las compañeras le decían, por ejemplo:

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

—Anda, Justinona, cuéntanos cómo te mordió aquel perro pachón de tu hortelano.

Y Justinona, mimosa, halilando adrede con media lengua y derramando el pliegue de su bocio sobre el pecho, les contaba cómo le mordió el can en tal parte, cierta tarde que bebía agua sobre el fresco arroyo de su huerto.

O bien le decían:

—Justirona, arrulla a tu rorro.

Y ella, con la boca llena, paciente y con su blanda sonrisa, abrazaba la almohada, y comenzaba a prodigarle los más enternecidos epítetos, acompañados de gritos más o menos transcribibles. Entonces sí que era feliz nuestra amiga, lejos de los imperativos.

—¡Justina, de prisa!

—¡Justinona, no seas tan calma!

—¡Justinona, que vas a morirte!

* * *

Aquella mañana, el toque de diana sorprendió a Justinona en el más pesado sueño. El sonar de la campanilla la despertó con sobresalto. Casi todas las compañeras en previsión de alineamientos estaban ya casi vestidas. Justinona, con una ligereza que a ella misma extrañó, se lanzó del lecho y comenzó a vestirse.

Apenas tuvo el uniforme verde oscuro sobre el cuerpo quedó detenido su acelero... Muy sorprendida, se miraba las mangas, que más de una cuarta excedían de la natural longitud de su brazo; la falda, que casi le llegaba al tobillo, y el talle, que bailonamente holgaba sobre sus caderas.

—¡Eh, chicas! ¿Quién me cambió el uniforme?

Con sus prisas, ninguna le hizo caso.

—¡Eh, chicas! —insistía—. Pero quedó cortada al observar que los zapatos que tan precipitadamente se había calzado, planos y con forma de soletilla, casi se le salían de los pies de puro holgueros.

Quedóse Justinona pálida y casi temblorosa después de esta observación, y a Rosina, que a su lado se ajustaba los últimos detalles del atuendo, le dijo, manqueando y haciendo patentes con otros movimientos su exceso de paños y cueros.

—¡Rosina, mira!

Rosina la miró con aire distraído.

—¿Qué?

—¿No ves, Rosina? ¡Si todo me está grande!

Rosina, guiñando los ojos, la miró con atención; se aproximó luego; fijóse bien; palpóle los excesivos, y sin dejar de mirar a Justinona exclamó a toda voz:

—¡Chicas! ¡Justinona ha menguado!

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Qué dice esa chalada? —preguntaron distintas voces.

Se aproximaron unas cuantas, y al contemplarla con más detenimiento del que creyeron necesario en un principio, quedaron absortas.

—¡Pero si es verdad!

—¡Si ha enflaquecido muchos kilos!

...Y fueron acercándose más; todas las del dormitorio... Y así le decían:

—¡Pero chica! ¡Qué suerte!

—¿Qué soñaste anoche?

—¿Dónde se te fué el tamaño?

—Miremos bajo la cama. En el vaso tal vez —contestó alguna.

Y Pepita, que miraba con toda la agudeza de sus ojos saltones:

—¡Pero si también ha menguado!

A coro:

—¡Es verdad!

Justinona, más asustada que otra cosa, no dejaba de mirarse, así como de palparse el armazón.

En esto entró la madre inspectora:

—¡Niñas, niñas! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Todas, sin contestar, le hicieron un pasillo a la monja, que sin darse cuenta la dejó encarada con Justina.

—¿Qué, qué pasa?

—¿No veis, Sor? —dijo Pepita—; Justinona ha menguado y enflaquecido.

Y Justinona manqueaba y faldeaba el paño de sus estameñas... y se miraba los zapatos.

La hermana inspectora la contemplaba de pies a cabeza sin saber qué decir.

Pasado este primer momento de plural observación, condiscípulas y Sor comenzaron a acercársele y a palparle el talle; a medirle la manga sobrante; a pisarle las puntas hueras de sus zapatos.

—Mire usted qué manga, Sor. ¡Si faltan cinco dedos de brazo!

—¡Si le sobra un dedo de zapato!

—¡Mire!

—¡Mire!

Justinona, con cara de boba y ojos desorbitados, seguía confundida la topografía de su cuerpo que le iban puntereando las compañeras.

Al fin, mirando con tristeza a la hermana, exclamó compungida:

—Habré de escribirlo a casa.

Nadie hizo caso de la observación. Todas seguían con los ojos hincados en el disminuído cuerpo de nuestro personaje.

La hermana inspectora, algo más aliviada de su primera impresión, tomó a Justinona de la mano y la condujo a la madre directora.

...En el dormitorio quedó el más plural y chispeante comentario.

II

El médico a quien se le consultó el caso, encogióse de hombros ante el comentario.

—Extraña cosa, extraña cosa —fué todo su comentario.

* * *

La atención del Colegio entero estuvo dedicada aquel día a la contemplación de Justinona.

La sensación médica se columpiaba, sin dejar de rebullirse, en la mente de todas: apostólicas y alumnas.

Y así, miraban a Justinona; la remiraban; le hacían corros; los deshacían para construirlos más allá, alimentados con la hoguera del fantasmal comentario... Y Justinona, apenas atendía a nadie. Se miraba, pensaba, perdía la vista buscando un quid» y contestaba sólo con monosílabos.

Diéronle nuevo uniforme y nuevos zapatos.

* * *

Cuando llegó la noche todas se habían acostumbrado un poco a la nueva traza de Justinona, que, si de menos volumen, seguía poseyendo idénticas proporciones. Y ya, sin saber porqué, todas la llamaban Justina.

* * *

Llegada que hubo aquel día la prima vigilia, al decir de los romanos, el silencio volvió al Colegio de las Apostólicas. Y pasado que hubo el tiempo, tan raudo en el reposo, llegó la hora tercia, en la que se levantaban las colegialas.

No había dormido Justinona mucho aquella noche, pero el repiqueteo de la campana despertadora la tomó, como de costumbre, en el más hondo sueño.

En el dormitorio, el jaleo de todos los días.

—¿Dónde están mis zapatos?

—¿Dónde mi cinta?

...Y Justinona, al ponerse medrosa el uniforme, al mirarse con temor los zapatos, las mangas y la falda, todo, notó una nueva mengua.

De nuevo se palpó. Y de nuevo, con un estremecido pánico en su voz, llamó a las compañeras; en esta ocasión más rápidas en acudir.

Y otra vez la escena. Pero aquel día el anonadamiento de las espectadoras fué mayor. El tamaño de Justina se había reducido escandalosamente, aún, como siem-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

pre, conservando sus proporciones... Aquella mañana parecía ya una chiquilla gorda de diez a once años.

Todas la contemplaban en silencio. Absorta la mirada. Aquello era lo nunca visto.

Justinona, después de cerciorarse a su sabor de la nueva mengua, cayó sobre la cama llorando de la forma más aparatosa y compungida.

La hermana inspectora se encontró con este cuadro aquella mañana. Tan complejo era el ambiente de la habitación, que nada gritó, nada demandó, nada dijo. Casi medrosa, presintiendo algo terrible, se aproximó al corro de discípulas, que absortas en mirar a Justinona no se percataron de su llegada.

Justinona continuaba llorando sobre la cama. Los zapatos casi fuera de sus pies, de puro grandes; el uniforme, envolviéndola, sobrado como túnica. Alguna discípula, lo que resultaba innecesario, le comunicó a la hermana la nueva mengua.

* * *

A las doce de aquel mismo día había en el Colegio de las Apostólicas muchas personas. La familia completa de Justinona, dos o tres médicos famosos y el padre provincial de la Orden Apostólica.

En los claustros y clases, aquel día cundió el desaliento; la meditación, el sobrecogimiento que manda lo sobrenatural. En el despacho de la directora la situación era más extraña todavía.

Justina, en paños menores, estaba bajo la métrica y horizontal barra de una báscula de farmacia. Los médicos la rodeaban muy interesados al parecer. Y ora comprobaban el fiel de la balanza, ora la tangencia de la barra métrica con la cabeza de Justinona. De vez en vez le hacían fotografías.

Justina estaba pálida y ripiosa. La papada le caía como carne muerta. Las ojeras eran profundas.

Los varones de la familia, como ante agonizante, hablaban entre sí muy quedamente. La madre y hermanas disimulaban su llanto como podían. El provincial y las monjas paseaban nerviosos, bisbiseantes... Por la ventana entraba fuertísima luz meridiana, poniendo un reflejo en cada cosa.

Un médico gritó a los otros:

—¡Un milímetro menos!

—¿Ya?

—¡Ya!

—¡Cinco gramos menos!

—¿Ya?

—¡Ya!

—¡Pero si va menguando un milímetro cada cinco minutos!

Justinona tenía los dientes enclavijados y fuertemente cerrados los ojos, como si con ello calculase las dimensiones que le robaban.

Alguno de los médicos propuso medir la presión de la atmósfera que vitalizaba la estancia. Aquella rápida sublimación de la humana materia habría de ir a alguna parte. Al aire de seguro.

Por ello fué enviado cierto auxiliar de gafas y bigote por no sé qué aparato usual en estas mediciones.

* * *

A todo esto, Justinona se iba, se iba sin entierro ni nada. Tan buena era la pobre que se marchaba sin ruido ni ceremonia alguna... «Ella solita se va; evaporada como el alcohol», decían sus compañeras por el pasillo.

Aquella noche, cada colegiala cenó como pudo y cuando quiso. Las monjas no estaban para nada... A las dos de la madrugada nadie se había acostado en el Colegio de las Apostólicas.

Los médicos seguían haciendo fotos; corriendo la pesa de la balanza, bajando la barra del metro. Y la estatura de Justinona a aquella hora ya era lamentable.

Los padres se opusieron a que la criatura continuase en aquel aparato y a la pobre, casi exhausta, la llevaron a la mesa de operaciones de la enfermería. Allí se trasladó la comitiva.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Antes de que amaneciese otro día, la enfermería del Colegio de las Apostólicas era célebre en toda la población.

Llegaron el gobernador y el alcalde, así como algunos periodistas, amén de un locutor de radio que comenzó a dar minuciosa cuenta del cada vez más amino-rado caso Justina.

Los padres sentían luchar en su ánimo la enorme tristeza que les ocasionaba la esfumación de su hija, a la vez que cierto inédito orgullo de celebridad y singularismo. Estaban sentados en la primera fila del espectáculo. Con los ojos bajos, pero mirando de vez en vez con curiosidad a tanto personaje y tanta tramoya.

Las alumnas, ojerosas y extenuadas, hacían curioso anfiteatro ante la mesa de operaciones.

La asistencia, tanto religiosa como laica, en constante expectación.

* * *

A las doce de aquella misma noche Justina no alcanzaba ya más de una cuarta. Todavía, sin embargo, conservaba sus proporciones de nena rolliza.

Los vestidos, ya proporcionados a su inhumano tamaño; había algunos momentos que la infeliz Justina estaba envuelta en un fino pañuelo de seda, el que se sujetaba mal terciado sobre los hombros. De su cuello, enormemente agigantado junto a ella, pendía su escapulario de la Virgen del Carmen, que en tan difícil trance nadie pensó en quitarle y que arrastraba sobre la mesa blanca como una diminuta carretilla

A ratos, la infeliz paseaba nerviosa, baja la cabeza, terciada en el lienzo, arrastrando la tela del religioso trofeo.

A veces, como abatida, se sentaba sobre un delgado libro que había sobre la mesa, y apoyando la cabeza sobre las manos y los brazos sobre las rodillas, miraba distraída a cuantos le hacían contorno. Muy a menudo lloriqueaba con gemidos apenas perceptibles y de ninguna forma humanos.

Nadie hablaba en la sala. Sólo miraban al diminuto espectáculo. Justina, desde su baja alzada, veía a las personas circundantes como torres en forma humana. La respiración de éstos le daba frío, obligándola a arrebujarse en el pañuelo con harta frecuencia. Una vez, con voz apenas perceptible, pidió de beber. Y le aproximaron una tacilla sobre la que ella se abocicó como en fuente. Y más tarde, de comer. Y le dieron un ovalado bizcocho sobre el que luchó con boca y una mano, mientras con la otra se mal sujetaba el peñuelo.

* * *

La mengua aumentaba por momentos. Cada vez la envolvía más el pañuelo; le costaba más trabajo tirar del escapulario; se oía menos su voz.

Y llegó un momento, en el que tal estaba la cosa, que todos los espectadores, pensando que el instante definitivo llegaba, se pusieron de pie. Tal era el paso de su disminución.

Justina, parada bajo la lámpara, con la cara contraída dramáticamente, como notando que se le estaban terminando las últimas dimensiones de su vida, miró hacia el cielo como en oración y, arrobada, alzó unidas ambas manitas en arrobado ademán. Al hacer tal movimiento de extrema y sagrada mímica, cayó el pañuelo de seda y quedó su cuerpecillo, desnudo, gordote, pequeño y rosado, como el de un muñequito de goma.

Nadie se atrevió a componerla. Estaba exactamente bajo la gran lámpara.

Se iba, se iba como absorbida por el metal de la mesa. Se iba en silenciosa oración. La madre comenzó a chillar.

—¡Justina..., Justinina!

Apenas alzaba ya dos dedos..., ¡uno! Alguien la miró con una lupa. Parecía un garbancito, más pequeña, más..., una gota, ¡nada!

Sobre la mesa un escapulario, y poco más allá un pañuelo abandonado bajo la lámpara. Escapulario y pañuelo que a los espectadores les daba la sensación de gigantes. ¡Tanto habían concentrado la vista ante aquella peregrina sublimación!

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

"Y un niño vino a redimir al hombre"

Noche de invierno,
triste y sombría,
lenta agonía
del caminar
sin pan, sin agua,
sin luz, sin nada.
La desposada
torna a rogar:
—¿Nos falta mucho
de la jornada?
—Casi acabada.
¿No ves Belén
allá a lo lejos?
Y el borriquillo
—manso y morcillo—
mira también.
La gente bulle
desorientada;
ni una posada,
ni un mal rincón
donde ampararse,
y el caminante
sigue adelante
con sumisión.
Rendidos, paran
junto a una puerta;
con mano incierta
llama al figón:
—¿Quién va?
—¿Hay cobijo?
—¡Bah! ¡Forastero!
Y el mesonero
cerró el mesón.

—

Tiende la noche
manto de hielo
y cruje el suelo
a su pasar.
José, impaciente,
mira a María,
y la ve fría,
con frío mirar.
Busca anhelante,
anda aturdido,
cuando un mugido
le hace pensar.
El borriquillo
de orejas lacias
le da las gracias
sin rebuznar.
Mas, ¡oh milagro!,
que al ser bajada
se ve colmada
la predicción
y viene al mundo
Jesús, humilde,
pobre y sin tilde
de perdición.

—

Rudos pastores
que, acurrucados,
se hallan sentados
torno a un perol,
miran con miedo
como a una esfera
que pareciera
cual nuevo sol.
De ella aparece
iluminado
un enviado
del Niño Dios,
y les advierte
que ya ha nacido
Jesús. Se han ido
tras de él en pos.
La noche cambia
su oscuro manto
por el encanto
de un blanco tul.
El viento canta
gloria humanada
en la enramada
de un abedul.
La tierra viste
con gran presteza
blanca pureza
en su loor.
Lindos querubes
tañen rabeles
y cascabeles
para el Señor.
Llegan pastores
con sus presentes:
ollas calientes,
miel, un lechón;
pan, leña, paja.
Y el borriquillo
mira al hatillo
con ilusión.
Rinden tributo
de pleitesía
con alegría
en el Portal,
y en sus canciones
les acompaña
música extraña,
son celestial.
Velan su sueño
José y María.
Ya llegó el día
de salvación.
Se abre el sendero
que marcó el Angel
Miguel Arcángel:
la Redención.
Y El, por dar muestra
de su destino,
quiere el camino
de humillación,
y, aunque es Dios mis-
[mo,
busca pureza
en la llaneza
de aquel rincón.
El, que pudiera
en un segundo
hacer del mundo
un caos final,
se nos presenta
sencillo y bueno,
durmiendo en heno
bajo un Portal.

Dibujo de F. Pinas.

Felix M. Martìnez Fronce.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Nos gusta mucho el hogar, y de él, en este tiempo en que da frío ver los árboles tan despoblados de hojas y sudor ver los libros de texto con tantas, en este tiempo, lo que más nos agrada de todo es ese mueble tan femenino que se viste de faldas y se adorna de flores; ese mueble que se parece tanto a la madre porque a todos cobija y a todos caldea: ese mueble, en fin, femenino cien por cien, abierto a todos los intercambios de novedades y noticias más o menos adulteradas, según el grado expansivo de las personas que se reunen a su alrededor.

Lo bueno de esta mesita que se llama camilla —y no busquemos la etimología de la palabra porque todo lo femenino tiene tantos principios como fines— es que no puede hablar, aunque ahora, la verdad, quisiéramos echar un parrafillo con ella. ¡Debe saber tantas cosas! Desde los problemas del jefe de la casa hasta los placeres del felino que ronca en un paraíso de trévedes al calor tenue de un polvillo encendido.

Nosotros conocemso a las personas por sus obras; ella los conoce por sus ruidos: el rítmico chocar de las agujas vertiendo sobre el tapete menuditos copos de lana sabe que es de la madre. De sus manos —ya un poco oscuras por las caseras faenas— van saliendo prendas de abrigo. Estas labores duran hasta muy entrada la primavera. ¡Hay tantos pobres a quien cubrir y a quien abrigar!

Los recortes del periódico y las miguitas de pan son del niño pequeño; allí pasó toda la tarde, a ratos haciendo muñequitos, a ratos escuchando los cuentos que la hermana mayor —con cariño maternal más que fraternal— ingeniaba para distraerle, mientras sus manos —tersas manos de veinte abriles— acariciaban, que aquello no era tocar, el pañuelo blanco, suave, destinado a alguien que no era de su mismo sexo. Las puntadas menudas, como si estuviese pensando que las mayores cosas, las más trascendentales, se formaron siempre así, a costa de muchas pequeñeces, de muchos sacrificios ocultos, de muchos desvelos que nadie conoció...

Una voz juvenil impone silencio; es el niño que se las da de culto porque alcanzó el tercero de bachiller, que estudiando su lección de historia ha dado con una curiosa anécdota. Se le escucha con agrado porque trece años ya son trece años.

Dejemos ahora las escenas familiares y examinemos esas otras mesas en las que se reúne la vecindad. No nos interesa la de los hombres que no saben más que hablar de negocios, de política y de arreglar el mundo cuando —así, entre paréntesis— saben ellos que las que andan desarregladas son las conciencias... La otra, la nuestra en la que se habla... busquemos la excepción de la regla y digamos qué es lo que allí no se habla para terminar antes. Desde los castos amores de los santos hasta el suicidio por celos desfilan sobre su tapete, amén de los cuarenta casos y cosas del pueblo, todos ellos en esa intimidad femenina que ha sabido llenar el mundo de secretos.

Empezamos diciendo que la mesa camilla se parecía mucho a la mujer; reconocemos ahora que tiene una virtud a su favor: la de saber callar.

María Isabel Pedrero.

Dibujo de F. Piñas.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Soneto de un dolor

O vino a mi, Señor, o yo busquéme
este dolor que mi existencia mina.
Por un yermo sin luz mi alma camina;
ni a su soberbia ni a su orgullo teme
Así voy por el mundo, tras mi sombra
absorta en descifrar mi exigua nada
y el milagro de ser; mi fe quebrada
es un fantasma yerto que me asombra.
Ansío lo inmortal, y en ese infierno
de impotencia tan vil, la sed me abrasa
como una llama del abismo eterno.
¡Oh Dios! Mi corazón de fe rebasa
y cúrame por siempre el mal interno,
pues me devora inconsumible brasa...

Sagrario Torres.

AL SANTO CRISTO DE MONTIEL

Clavado en el madero de mi hastío,
a golpes de martillo del pecado,
me encuentro como Tú, crucificado;
mas ¡qué cruz tan distinta, Cristo mío!
Permite que a mi pecho, como un río,
de esa herida, clavel de tu costado
llegue cálida sangre y este frío
sea en fuego de amor así trocado.
Que ese sudor divino de tu frente,
como el manar continuo de una fuente,
caiga, caiga en mi alma gota a gota,
limpiándola de roñas y gangrena...
¡Que termine, Señor, esta condena
de mi vivir sin Ti, que así me agota!

Santiago Torres.

RECUERDOS DE GRANADA

A Cervantes.

Una noche clara, por los cenadores,
Dos enamorados tejen madrigales
Como Amor es brujo, ronda en los frondales,
Ocultando espinas y ofreciendo flores.
—¡Tendrán quizás alma esos ruiseñores!
Dulce bisbiseo, palabras parciales,
Y risa y besos quedos, pasionales,
Forman sonatina con los surtidores.
De pronto, asustado, un pájaro vuela
De un Laurel a Guindo Brinca el corazón,
—¡Dichosas las aves! Me llama la abuela.
Rubor, impaciencia; manos de ilusión
Ordenan sus bucles. ¡De luna es su estela!
Y en llegando al «carmen» reza una oración.

Antonio Amores

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

La GRACIOSA ALEGRIA PASTORIL del CLASICO VILLANCICO

EL villancico es una manifestación más de la exuberancia artística del período triunfal de nuestra Literatura durante los siglos XVI y XVII. La forma más típicamente popular de la canción en la Edad Media fué esta composición poética, ligera, suelta, corta y alegre. Puede constar del número de versos que se quiera, pero generalmente se mueve entre dos y cinco. Al principio, como aconteció con toda la poesía popular, los núcleos poéticos eran combinados quizás algo rudimentaria y caprichosamente. Más tarde, emulando acaso la poesía culta, se fué regularizando lentamente hasta llegar a una perfecta ordenación de los esquemas poéticos. Estróficamente, el villancico consta, como sabemos, de la idea temática, estribillo, que siempre antecede a la copla, y, finalizada ésta, vuelta al estribillo o *tornanada*, como se decía en los tiempos clásicos. En el villancico se cantaban todos los asuntos y cualquier materia de expresión podía ser objeto de sus versos. No es, pues, como podría creerse, exclusivamente eclesiástico ni religioso. Fué, en su origen, un canto profano y en su metro quedaron aprisionadas narraciones, historias, ironías, burlas, amores, pendencias, aventuras, quejas y sentencias. El tema religioso entró, pues, como otro cualquier material poético susceptible de exteriorización versificada. El biógrafo Pfandl, estudiando muy someramente el villancico y no explicándose casi la absoluta polarización de éste por la idea religiosa y eclesiástica, pretende asignarle grupo separado, lo que no es muy admisible, aunque la universalidad del tema haya sido absorbida totalmente por el villancico del templo. Creemos que la causa de esta absorción no es otra que al aparecer o al prodigarse en el canto popular otras formas poéticas del mismo metro, o de igual número de sílabas, y en las iglesias cantarlos con letras piadosas y acompañados de instrumentos pastoriles, por respeto, por la melodía especial y por no verificarse su ejecución nada más que en ambiente navideño de mística alegría, el elemento religioso se fué adueñando de tal forma de un metro tan fácil para expresar el júbilo infantil, que ya en el siglo XVII, en sus comienzos, encontramos rarísimas composiciones de este género de idea y sustancia profana. Quedó el villancico bautizado y del patrimonio exclusivo de la Iglesia. Los cantares mundanos manifestaron su lirismo en la seguidilla, seguidilla gitana y los cantares populares de pie corto. Todavía, antes de despojarse de todo elemento profano y ser considerado como melodía específica de Navidad, se cantaban en las iglesias villancicos con verso acomodado a otras festividades no pastoriles, como los bailes rítmicos de los seises de Sevilla y Toledo, que no son otra cosa que villancicos con bailables como era la costumbre general, tanto dentro como fuera de la Iglesia. La pandereta o pandero era el instrumento que, junto con las castañuelas, acompañaban a las voces. Tenemos, entre otros ejemplos, aquel villancico que cantó la Gitanilla de Cervantes en la iglesia, danzando y acompañándose de los crótalos, ante el altar de Santa Ana. Ya hasta nosotros, el villancico ha llegado hecho leyenda y hecho símbolo. No lo concebimos sino entre el aroma serrano del romero blanqueado con comitas de algodón, caminos de arenas que se pierden en el recodo de una montaña disimulada, o brillante lago bordado de grama y tallos de trigo. Inspirándose en los evangelios apócrifos, se le dió en muchas ocasiones aire y corte de romance, donde se nos narran las más inverosímiles historias de la vida del Niño Dios, junto con las escenas familiares que, según la fantasía popular, ocurrirían en el seno de la Sagrada Familia. Los pastores llegan a ocupar el primer plano en versos y representaciones teatrales, y lo mismo en los fervientes autos místicos de Valdivielso como en los profundos y teológicos de Calderón, logran ser personajes principales que con su fe simple, ingenua y casi infantil van conquistando un lugar imperecedero en la literatura como en el arte.

La fe robusta de los hombres hispanos de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

los años de oro, que produjeron todo lo sublime, todo lo heroico y todo lo bello, supo componer también los más ardorosos, al par que cándidos y llenos de un profundo sentido ascético, villancicos de embeleso pueril y de un amor tan fino y sentido que manifiestan, en las puras sonoridades de sus versos y en la diversidad rítmica, el delicioso encanto y la sublime ingenuidad de aquellas egregias figuras, que lo mismo descubrían mundos y reinos que lloraban haciendo *pucheritos* ante un *Belén* de diminutos y anacrónicos personajes. Góngora desciende de su alcázar barroco, de su palacio de cristales y mármol conceptistas, para darnos en un pulido vivo y delicioso estilo, aquel villancico, preciosa joya de los cantos navideños, que comienza así: «Caído se le ha un clavel.» Lope de Vega, en los momentos más fruitivos y espirituales de su vida de clérigo, filigranea con el lenguaje, la metáfora y el dogma, y canta con una sinceridad de niño grande que le sorprende al lector pensar que sea el mismo de «Fuenteovejuna». Para este turbulento genio no tuvieron las musas ni celos ni reservas. Apreciamos la sencillez bucólica de los siguientes versos chiquitos y para un niño chiquito también:

El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Maternal, sensible, casi femenino, se nos muestra en la segunda parte de este mismo villancico lleno de la más cálida ternura:

Rigurosos hielos
le están cercando,
ya veis que no tengo
con qué guardarlo:
Angeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

El sentido teológico, embellecido con la metáfora del sol y del alba, que compara a ésta con María y al sol con Jesucristo, aparece en este otro villancico que se antoja el primer canto mañanero de un zagal que divisa a Belén desde su cima de arbustos e invita jubiloso a las campanas a que canten, porque la aurora ya ha entonado su himno de rosas y luz:

Campanitas de Belén,
tocad al Alba, que sale
vertiendo divino aljófar,
sobre el Sol que della nace,
que los ángeles tocan,
tocan y tañen.

Hasta la irrupción del siglo XVIII, y antes de desviarse la corriente cultural y artística de los siglos dorados, los genios más agudos, las inteligencias más vigorosas y triunfantes, continuaban dedicando tiempo e inspiración a las composiciones religiosas y pastoriles de Navidad y a los misterios de nuestra Sagrada Religión. Desde esta época en adelante, y ya victorioso el romanticismo, los númenes preclaros dejaron de pulsar el plectro de lo religioso y este canto popular entró en la corriente de decadencia general, si exceptuamos la atención pálida y mediocre que le prestaron algunos fervorosos clérigos. En el siglo XIX, con la anarquía general en el arte y la literatura, la poesía religiosa se alimentó de lo clásico, sin que se registren composiciones notables del tema que nos ocupa. A todas las melodías que aparecen le son adosadas los versos antiguos, sin que por esto pierda vida la clásica composición, sino, por el contrario, en este tiempo parece que la música, por ley de compensación, llegó a ser más melodiosa que nunca y todas las partituras representan un aire melifluo de égloga pastoril que no fué alcanzado en las pasadas centurias. En el aspecto musical y en España, hasta la aparición de la música moderna, el villancico estancado en la letra no lo estuvo en las notas del pentágrama, donde nuestros compositores, con la fragancia de su imaginación, dieron al papel pautado las notas alegres y retozonas de sus creaciones musicales. Las obras ligeras de música de fin de siglo favorecieron al villancico tanto como a la zarzuela y a la musa popular. Inolvidables son los nombres de Prado, Calahorra, Eslava, Carrera, Calvó Puig, Ledesma, Vila, el de la famosa «Nana», Andrevi, Agapito Insausti, Manuel García, Busca de Sagastizábal, e innumerables más que a fin de siglo enriquecieron los archivos de iglesias y catedrales de nuestra patria. Todo esto es historia que ha quedado atrás. El villancico moderno dista mucho de parecerse a los compuestos en esta época. A lo más hay algún hábil que sabe armonizar las dos tendencias y producir piezas muy estimables, pero todas, por un desmedido afán de depuración tecnicista, flaquean, a nuestro entender, al pretender expresar exactamente aires pastoriles de regocijo popular. Ha perdido, pues, el villancico su encanto desposeyéndolo de lo que era su singular atractivo y sustancia. Tampoco creemos que choque con el Motu Propio, y que más se trata de un problema de interpretación.

La Santa Iglesia prohibió la interpretación de algunos villancicos por su excesiva teatralidad en algunas notas. Entendemos que esas notas modificativas caben dentro del Motu Propio, aun que al componer un villancico no quiere decir que haya de cantarse en la iglesia, sino ante «nacimientos», «belenes» y en las fiestas íntimas de esos días en el hogar. Pocos villancicos modernos han conseguido vulgarización nacional, lo que no tiene otra causa que la pobreza de elementos melódicos populares. Si le falta este elemento, no es villancico.

Quiera Dios Niño que nunca se esfume la ilusión que vuelca en nuestra alma la música navideña. Que su perfume de candor alegre nuestra vida, y *festinantes* cantemos con los ángeles y los zagales: acercáos fieles, y exultantes de gozo adoremos al niño que nos ha nacido.

Fr. Bernardo Martínez Grande.

O. C.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.

Ejemplar

GRATUITO

Imprenta "T. P. A." da
ALCALA DE HENARES

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #14, 12/1947.